

no está al acecho de alguna presa, y allí le da muerte con bala ó con las terribles flechas que dispara tan diestra y acertadamente. Luego que el cazador da con la pista, la sigue, armado siempre con el arco, la carabina y la navaja india, de afiladísimo corte, que le sirve, en la pelea, para despojar de su cabellera al enemigo vencido. Aproximase á la fiera, arrastrándose como una culebra, y con infinitas precauciones, que adopta, no por miedo, sino para evitar que sea el animal el primero en el ataque. Así que está á pocos pasos de él, se levanta de repente y le tira una flecha; en seguida se tiende en el suelo, boca arriba, y, apoyado en los codos, coge la carabina y apunta a la fiera. Herida y furiosa esta última, no sabe si atacar ó emprender la fuga; pero, así que ve al salvaje en tierra, se arroja instantáneamente á despedazarlo. Pero el cazador salvaje tiene el valor y la sangre fría suficiente para aguardar á su adversario, y así que le ve á una distancia como de cinco pasos, apunta al pecho, hace fuego, y el oso rueda por el suelo como una masa inerte, exhalando el último aliento.

Si por una casualidad no sale el tiro, se levanta el indio, y, con la navaja en la mano, se dispone á una lucha cuerpo á cuerpo, que casi nunca se entabla, porque el cambio de posición parece como que asombra y fascina al oso, que concluye por retirarse con lentitud, volviendo la cabeza de vez en cuando para mirar al temerario cazador.

También sucede que, fuera de sí por el dolor de la herida, se levanta sobre las patas traseras, y va con los brazos abiertos á destrozar al indio, que entonces le hunde la navaja en el corazón, y le derriba muerto; pero si el cazador yerra el golpe, fácil es adivinar la triste suerte que le aguarda, muriendo en el acto, despedazado entre las mandíbulas de la fiera.

El oso gris no se alimenta más que de carne, ó de sustancias vegetales cuando aquella le falta; así es que no hay más medio de apoderarse de él que matándole; pues no le sucede lo que á los osos de Suecia, de Noruega y de Polonia, que se cogen con suma facilidad, embriagándolos, para lo cual echan los cazadores del país una gran cantidad de aguardiente en la miel, de que gustan mucho y buscan con ansia en los troncos de los árboles.

La única utilidad que reporta á los indios salvajes la caza del oso feroz, es la de la venta de la piel, que no se paga, sin embargo, como la del oso negro del Canadá, y la de la enorme cantidad de grasa que extraen del cuerpo del animal, porque la carne es dura, y muy poco apetitosa.

Las mujeres indias suelen dar de comer un trozo de ella á sus hijos cuando son pequeños, como hacen los árabes con la carne del león, á fin de inspirarles valor y fortaleza bastantes para cuando tengan que luchar con tan formidable enemigo ⁽¹⁾.

El oso gris que no ha recibido una herida mortal que le haya dejado fuera de combate, es terrible, pues sólo se halla ávido de vengarse.

Un oso gris, herido á la vez por los disparos de seis cazadores, les persiguió hasta orillas de un río; y, habiendo recibido cuatro nuevos balazos, no cesó de darles caza, forzándoles á precipitarse al agua, desde un promontorio escarpado, de veinte pies de altura, lanzándose tras ellos la fiera; y lo hubieran pasado, sin duda, muy mal, si un último disparo no hubiese dejado sin vida al oso.

El cazador que se ha batido algunas veces con el *grizzly* goza de gran fama y consideración entre los blancos y los indios, que señalan como una obra meritoria la muerte de uno de aquellos feroces osos.

En las tribus de los *pieles rojas* de la América del Norte, el poseedor de un collar de dientes y garras de oso merece singular respeto, mayor del que goza un príncipe ó general victorioso. Sólo pueden ostentar semejante condecoración aquéllos que han dado muerte al oso.

El indio, que suele ser irreconciliable enemigo del blanco, le brinda leal amistad cuando el *rostro pálido* ha salido victorioso de un combate con el oso gris.

Los *pieles rojas* tienen un respeto supersticioso al mismo cadáver del oso que han matado, y no ven en aquella alimaña un animal como los otros, sino un ser sobrenatural, cuyos despojos inanimados reclaman que se le tributen los últimos honores.

III

Unos americanos que realizaban una expedición comercial, habían hecho alto al pie de las montañas de *Costas Negras*. No tardaron en notar las señales de numerosas huellas, y que habían levantado sus tiendas precisamente en un sitio frecuentado por el oso gris. Como puede suponerse, se desvaneció el encanto y sosiego del campamento.

(1) J. M. C. I. V. 1879

Al día siguiente, el examen del terreno confirmó los temores de los viajeros.

Formaba parte de la comitiva, un sujeto llamado William Cannon, que había sido soldado. Era un cazador sin experiencia, y torpe tirador, lo que le exponía á los sarcasmos y burlas de sus camaradas. Enfadado William por semejantes mofas, se ensayaba uno y otro día en el tiro, pero sin resultado. Aquel día, después de las doce, salió solo, y tuvo la fortuna de matar un bisonte. Lleno de alborozo, se dispuso á regresar al campamento, y, como se hallaba á una distancia bastante considerable del mismo, cortó la lengua y algunos de los mejores trozos, los lió con una correa, y, colocándolos en la espalda, se dirigió gozoso hacia el sitio donde se hallaban sus compañeros.

De repente, al pasar por un estrecho barranco, oyó el rumor de pasos: volviéndose, y fueron grandes su estupefacción y terror cuando vió un oso gris, atraído sin duda por el olor de las provisiones que llevaba.

Cannon había oído asegurar de tal suerte que aquel oso era invulnerable, que no trató siquiera de disparar, sino que, echando el paquete al suelo, emprendió la fuga.

El oso, sin entretenerse en husmear la carne fresca del bisonte, continuó persiguiendo al cazador.

La fiera iba ya á dar alcance á Cannon, cuando éste, arrojando el fusil, trepó á un árbol. Un instante después, el oso se hallaba al pie del refugio del infeliz cazador.

El *grizzly* no se encarama á los árboles, y Cannon gozaba, entretanto, de inmunidad. Vino la noche, y era tal la oscuridad que nada se divisaba á un metro de distancia.

Como puede suponerse, Cannon pasó una noche horrible, imaginando, á través de las tinieblas, descubrir á la alimaña, que le esperaba en actitud amenazadora.

Por fortuna, al amanecer, el cazador vió, con singular alborozo, que el oso había partido. Cannon bajó con precaución, recogió el fusil, y se reunió con sus compañeros, pero renunciando, en lo sucesivo, al placer de cazar bisontes.

John Day, viejo cazador de Virginia, seguía, en compañía de un joven bisoño en empresas venatorias, la pista de un gamo, cuando, á unos treinta metros de distancia, vieron un enorme oso gris, que salía de entre espesos matorrales, que, levantándose sobre de sus patas traseras, y lanzando un terrible gruñido, exhibió un arsenal de garras y dientes.

La carabina del mancebo apuntaba ya á la fiera, cuando la mano de hierro de John Day detuvo su bra-

zo:—¡Paz! muchacho, ¡paz!—murmuró el veterano entre dientes, y mirando fijamente al oso.

Los dos cazadores permanecieron inmóviles. El monstruo les miró durante algunos minutos, pero, dejándose caer sobre sus patas delanteras, se retiró con lentitud.

Al cabo de breves instantes, y cuando el oso había dado sólo algunos pasos, se paró, y se levantó de nuevo, gruñendo de una manera amenazadora. La mano de John Day se puso de nuevo sobre el brazo del joven, mientras que le repetía entre dientes:—¡Paz! muchacho; permaneced tranquilo.

El oso se puso otra vez de cuatro patas, dió unos veinte pasos, y repitió las anteriores escenas. Esta tercera provocación excitó la bilis de John Day.—¡Por Jupiter!—exclamó;—¡esto ya no puede aguantarse!—Y, apuntando, disparó. La bala hirió sólo al oso, y, contra la costumbre, tuvo por más prudente internarse en la espesura.

El mancebo le reprochó el que no hubiese practicado la paciencia que predicaba á los demás.

—La paciencia, muchacho,—dijo Day,—es una gran virtud, pero tiene sus límites, y era demasiado el dejarse provocar impunemente durante todo el día.

Un cazador, persiguiendo á un gamo, cayó en uno de esos pozos profundos que suelen quedar en las grandes praderas después de copiosas lluvias.

¡Cuál no sería su estupor y miedo, al hallar en el fondo á un enorme oso gris! El monstruo le cogió: trabóse una horrible lucha, y el desdichado cazador, maltrecho y herido, tuvo la singular suerte de matar á su enemigo. Durante algunos días, permaneció en el fondo del pozo, alimentándose de la carne cruda del oso.

Por fin, tuvo fuerzas y aliento para salir del pozo; ganó, arrastrándose, un barranco, lecho de un torrente casi seco; bebió con delicia agua fresca, que le reanimó un poco; y, arrastrándose, pudo alimentarse con ranas y pequeños peces.

Un día, vió á un lobo matar á un gamo, en la pradera vecina. Al momento se arrastró fuera del barranco, espantó al lobo, y se tendió junto al gamo, que le sirvió para hacer algunas succulentas comidas, que repararon sus fuerzas.

Al volver el cazador al barranco, siguió el curso del agua hasta el punto en que se trueca en río algo caudaloso. Abandonado á la corriente, y flotando sobre un tronco de un árbol, en esta tosca canoa llegó hasta Conneil-Bluff, donde fué visto y auxiliado, pero quedó mutilado para siempre ⁽¹⁾.

(1) Washington: *Viajes en las praderas*.



OSOS NEGROS, POR SPECHT